

La teoría política de la Derecha Radical

Joan Antón-Mellón

Universitat de Barcelona

Ismael Seijo Boado

Universitat de Barcelona

España

Resumen: El presente artículo tiene como objetivo explicitar la teoría política de la derecha radical contemporánea. Para ello, se estudiarán sus ideas-fuerza y cómo han sido teóricamente conceptualizada por sus referentes culturales. En primer lugar, se sitúa a la derecha radical dentro del marco de la ultraderecha, entendiendo sus diferencias con la extrema derecha y mostrando su heterogeneidad interna. Después, se atienden a los referentes culturales que han configurado la teoría política de la derecha radical, concretamente a cuatro corrientes: la Nueva Derecha Europea (ND) de Benoist y Faye (como principal matriz ideológica de la derecha radical), el neotradicionalismo de Evola y Dugin, la *alt-right* de Bannon y el conservadurismo radicalizado de Scruton y Olavo de Carvalho. Finalmente, se describe la teoría política de la derecha radical marcada por un diagnóstico decadentista de la sociedad, unos objetivos etnonacionalistas y unos medios metapolíticos y reformistas.

Palabras clave: Derecha Radical; Nueva Derecha Europea (ND); Decadencia; Etnonacionalismo; Metapolítica.

The political theory of the Radical Right

Abstract: This article aims to explain the political theory of the contemporaneous radical right. To do this, their core concepts and how they have been theoretically conceptualized by their cultural referents will be studied. First, it locates radical right within the framework of the far-right, understanding its differences with the extreme right and showing its internal heterogeneity. Then, the cultural referent that have shaped the political theory of the radical right are addressed, specifically four tendencies: the European New Right (ND) of Benoist and Faye (as the main ideological matrix of the radical right), the neotraditionalism of Evola and Dugin, the *alt-right* of Bannon and the radicalized conservatism of Scruton and Olavo de Carvalho. Finally, the political theory of the radical right is described, marked by a decadentist diagnosis of the society, ethnonationalists objectives and metapolitical and reformist means.

Keywords: Radical Right; European New Right (ND); Decadence; Ethnonationalism; Metapolitics.

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.559591>
<https://revistas.um.es/reg>
ISSN electrónico: 2697-0511

1. INTRODUCCIÓN

Desde comienzos del siglo XXI se está asistiendo a una desmarginalización de la ultraderecha que no solo se refleja en el apoyo social y electoral que reciben los partidos de esta ideología, sino también en la aceptabilidad del resto de las formaciones políticas a su presencia. En este sentido, se estaría ante una cuarta ola de ultraderecha marcada por tres crisis: los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, la crisis de 2008 y la crisis de los refugiados de 2015 (Mudde, 2021, p. 39). Esta cuarta ola habría sido precedida por otras tres posteriores a la Segunda Guerra Mundial: el neofascismo posterior al fin de la guerra, el populismo de derecha de los 50 en adelante y la derecha radical de los 80 y 90 (Von Beyme, 1988; Hernández-Carr, 2011).

El presente artículo tiene como objetivo explicitar la teoría política de la derecha radical, entendiendo cuáles son sus ideas-fuerza y cómo se han conceptualizado en el plano teórico. Esta teoría política, como se apuntará, se encuentra formulada en el principal referente cultural de la derecha radical: la Nueva Derecha Europea (ND). Esta corriente, de todas formas, no es la única que ha aportado elementos a la teoría de la derecha radical, teniendo el tradicionalismo un papel relevante en la formación de la misma. Sobre la base de estas corrientes se ha constituido la teoría política de la derecha radical, pero esta también se ha nutrido del pensamiento de la *alt-right* (derecha alternativa) y de un conservadurismo radicalizado (corrientes ambas, a su vez, también influidas por la ND), especialmente gracias a la nueva relevancia que esta ideología ha tomado durante la cuarta ola antes descrita.

La teoría política, no obstante, no se limita al desarrollo de ideas, sino que, como señala Wood (1978), tiene una importante inclinación práctica que la relaciona con el contexto sociohistórico en el que se produce, por lo que implica una posición partidista en los conflictos en los que emerge. La teoría política, por tanto, está estrechamente vinculada a la lucha por el poder político, en tanto medio de realización del ideal de sociedad al que se aspira. La teoría y la práctica son, en este sentido, dos momentos de una unidad. De esto se deriva que el estudio de la teoría política de la derecha radical no se limita a explicitar sus ideas sobre lo que debe ser (su ideal político) o lo que no debe ser la sociedad (a qué se oponen), sino que debe conectarse con el diagnóstico que hacen de la situación en que reflexionan y con los medios que plantean para alcanzar sus objetivos políticos. Estos aspectos serán examinados en los referentes culturales de la derecha radical, tratando de alcanzar una comprensión más completa de su teoría política.

2. Clarificación conceptual: la ubicación de la derecha radical en el campo ideológico derechista

Uno de los principales escollos a la hora de abordar la teoría política de la derecha radical radica, precisamente, en clarificar qué incluye y qué excluye esta categoría. Los movimientos políticos situados a la derecha de la derecha liberal-conservadora tradicional han sido conceptualizados de diferente forma y, en ocasiones, entendidos como un todo homogéneo. No obstante, el crecimiento y la proliferación de estas formaciones durante los últimos años del siglo XX y el siglo XXI, así como su decisiva influencia en los partidos conservadores tradicionales en lo que ha venido a denominarse «lepenización de los espíritus» (Tévanian y Tissot, 2002), ha provocado la necesidad de una comprensión más precisa de estos movimientos.

Inicialmente, el concepto utilizado para referirse a estas formaciones era el de «extrema derecha». En este sentido, Ignazi (1992) distingue entre la «vieja extrema derecha», aquella vinculada histórica e ideológicamente al fascismo clásico (1919-1945) y que mantiene una actitud que busca deslegitimar el sistema político; y la «nueva extrema derecha», aquella que no está vinculada al fascismo clásico, pero que mantiene esa actitud de rebeldía contra el sistema político y que es heredera cultural/ideológica de aquella.

El elemento que definiría a la «extrema derecha» en general sería el rechazo al sistema político, tratando de deslegitimarlo, mientras que la «nueva extrema derecha» sería una ruptura con la «vieja extrema derecha» al abandonar los principales elementos del fascismo, como la intervención estatal en la economía y en la vida social, el antisemitismo, la violencia como método sistemático, el imperialismo y la destrucción de las instituciones democráticas y las libertades políticas. En su lugar, la «nueva extrema derecha» apostaría por la combinación de políticas liberales clásicas y medidas proteccionistas (Rodríguez Jiménez, 2006); por la xenofobia de corte islamófobo (Traverso, 2018); por la defensa del «etnodiferencialismo», reivindicando la permanencia de la homogeneidad cultural de los diferentes territorios, lo que lleva al rechazo de la inmigración (Taguieff, 1993) y el vaciamiento de contenido de las instituciones democráticas, introduciendo tanto autoritarismo como permitan las formas políticas democráticas (Antón-Mellón, 2002).

Resultado de todo ello, ha provocado que el concepto de «extrema derecha» resultase poco operativo, al no captar las diferencias con toda la precisión. En su lugar, el concepto de derecha radical empieza a utilizarse (Betz, 1994) hasta llegar a su máxima popularidad con los desarrollos de Mudde (2007). Este autor, que previamente había utilizado la categoría de extrema derecha (Mudde, 2000), propone un marco conceptual que distingue la derecha radical de la

extrema derecha, siendo ambas formas de la ultraderecha. A continuación, se explican detalladamente estas diferencias.

2.1. Ultraderecha, extrema derecha y derecha radical

Como se menciona previamente, la categoría general que agrupa a aquellos movimientos que se sitúan, en el espectro izquierda-derecha, a la derecha de la derecha tradicional, es la de ultraderecha (Mudde 2021, pp. 24-25). Esta categoría se refiere a los movimientos de derecha que son «antisistema», es decir, siguiendo a Mudde, aquellos que se muestran hostiles a la democracia liberal. Este amplio grupo, a su vez, estaría dividido en dos subgrupos: la extrema derecha y la derecha radical. La extrema derecha rechaza la democracia (la soberanía popular y el principio de la mayoría), mientras que la derecha radical acepta la esencia de la democracia, aunque rechaza algunas cuestiones clave de la democracia liberal como los derechos de las minorías y la separación de poderes abogando por una visión autoritaria de los derechos y las libertades.

En suma, las diferencias que se apuntan remiten a la distinción entre «vieja extrema derecha» y «nueva extrema derecha», pero mientras aquí se entendían como parte de un todo, la distinción entre extrema derecha y derecha radical señala la separación entre ambos grupos o, en palabras de Mudde (2007, p. 31), «la derecha radical populista no es simplemente una forma moderada de la extrema derecha, incluidos el fascismo y el nacionalsocialismo y sus diversas «neo-formas». La derecha radical habría conformado una novedosa fórmula política diferenciada de otras formas de la ultraderecha. Con todo, si derecha radical y extrema derecha se agrupan bajo un mismo concepto (ultraderecha), es porque comparten unos fundamentos ideológicos que van más allá de las discontinuidades entre una y otra.

Más allá de los vínculos con el fascismo clásico y su grado de rechazo a la democracia liberal, existen otras diferencias importantes entre la extrema derecha y la derecha radical. Una de ellas es su concepción de la nación, en la que se defiende la idea de que la nación es anterior a las personas que la constituyen y se forma por quienes tienen una serie de características determinadas, a saber, un origen étnico concreto. En la distinción de Gellner (2001, p. 20) entre nación cultural (formada por quienes comparten una serie de atributos y pautas de comportamiento) y nación voluntarista (formada por quienes se reconocen como miembros de una misma nación, independientemente de si sus atributos coinciden), la ultraderecha tiene una concepción cultural, donde se niega el momento político de la nación, en tanto contrato social entre in-

dividuos soberanos. Esto sitúa al nacionalismo de la ultraderecha dentro de las corrientes del «perennialismo continuo», en tanto se entiende a las naciones como comunidades con una larga historia, con pocas variaciones (Smith, 2010, p. 54)¹.

A pesar de esta coincidencia, la extrema derecha hace énfasis en el componente racial, de modo que nación, etnia y raza se hallan unidos, lo que deriva en una defensa, en materia migratoria, de la expulsión de todas las personas extranjeras, independientemente de su situación jurídica. La derecha radical, en cambio, no defiende el componente racial de la nación, sino que articula su ideología en torno al etnodiferencialismo, desde el cual rechazan la multiculturalidad y plantean que solo una inmigración en situación regular y de minorías culturalmente asimilables puede ser aceptada en los límites territoriales del Estado (Lerín Ibarra, 2019, pp. 105-106).

El decadentismo, además, forma parte del ideario de la ultraderecha en relación con su concepción nacional², de modo que sostienen un ultranacionalismo palingenésico (uno de los rasgos clave del fascismo clásico), el cual refiere a que la nación debe renacer acabando con su decadencia y desintegración promovida por sus enemigos (Griffin, 2019, p. 71). Con todo, de nuevo, existen diferencias entre la extrema derecha y la derecha radical en este punto, especialmente en torno al mito del renacimiento de la nación, mucho más débil en la ideología de la derecha radical. Mientras que la extrema derecha, en línea con el fascismo, apunta hacia el futuro (de ahí que los neofascistas italianos de los últimos decenios del siglo XX hablaran de «nostalgia del futuro»), creando una nueva sociedad en la que se supriman las instituciones democráticas; la derecha radical apunta al pasado, intentando restaurar un orden que se ha corrompido, con un fuerte componente etnonacionalista, pero que no echa por la borda el sistema institucional democrático (Rydgren, 2018, p. 29). Además, en este proyecto de renacimiento, la derecha radical defiende una «Europa de las patrias», que respete la soberanía nacional y que, desde unas raíces cristianas rechace el multiculturalismo; mientras que la extrema derecha apuesta por una «Europa blanca» fundada sobre la homogeneidad racial (Lerín Ibarra, 2019, p. 110).

1 Esto remite a la fórmula de Burke (1984, p. 125) según la cual el Estado «es una asociación no solo entre los vivos, sino entre los vivos, los muertos y los que han de nacer», lo que implica su eternidad e inmutabilidad: «Esta ley no está sometida a la voluntad de quienes, por una obligación superior, infinitamente superior a ellos, están obligados a someter a aquélla su voluntad».

2 Concretamente, Simón Gómez (2007) conecta su análisis de la idea de la decadencia en los pensadores de ultraderecha con los principios de partidos de la derecha radical contemporánea, evidenciando la permanencia de esta concepción en sus idearios.

Respecto a los medios para alcanzar sus objetivos, extrema derecha y derecha radical también difieren. Del rechazo absoluto al proceso democrático que opera la extrema derecha se deriva que una de las herramientas que se utilizan para llegar a sus fines es el de la violencia física, donde los métodos terroristas forman parte del repertorio de acciones que pueden llevar a cabo (Norris, 2005, p. 45). Entre estos grupos, en continuidad con el fascismo clásico, existe una mitificación de la violencia como algo bello (Lerín Ibarra, 2019, p. 109; Paxton, 2019, pp. 69, 150). La derecha radical, en cambio, en tanto acepta los estándares mínimos del proceso democrático, ha abandonado la violencia física como medio político (Eatwell, 2004, p. 7).

La existencia de estas diferencias entre extrema derecha y derecha radical es, en su exposición, un proceso de definición de las características de la derecha radical. La definición más popular de estos movimientos es la «definición mínima» propuesta por Mudde (2007, pp. 22-23), donde se conceptualizaría por tres características: nativismo, autoritarismo y populismo. El nativismo es el concepto clave de la ideología de la derecha radical y hace referencia a una combinación entre nacionalismo y xenofobia que tiene por objetivo la construcción de una etnocracia, es decir, un Estado monocultural donde la inmigración no tiene cabida, salvo en el caso de una asimilación cultural. Esta solo podría producirse en el caso de personas cuyo origen étnico tenga una matriz de valores y costumbres común con la de la nación (Eatwell y Goodwin, 2019). Como apunta Rydgren (2018, pp. 23-24), señalando el carácter etnonacionalista de la derecha radical, «sus programas están dirigidos a fortalecer la nación haciéndola étnicamente más homogénea (...) y volviendo a los valores tradicionales», particularmente enfrentando las «amenazas contra su identidad nacional», donde «los inmigrantes de países musulmanes son señalados como particularmente amenazantes, supuestamente porque tienen menos en común con la población nativa, son los menos inclinados a asimilarse y están potencialmente vinculados al terrorismo islamista».

El autoritarismo, por su parte, hace referencia a «la creencia en una sociedad estrictamente ordenada, donde las infracciones a la autoridad son severamente castigadas» (Mudde, 2007, p. 23). De esta forma, la seguridad y el orden son valores principales para la derecha radical (Traverso, 2018, pp. 24-25). Estas concepciones del autoritarismo, no obstante, se limitan a su vertiente actitudinal, desconectado de la propuesta política autoritaria que plantea la derecha radical. Las transformaciones del régimen político húngaro bajo el liderazgo del ultraderechista Viktor Orbán han llevado a que se califique su sistema político como una «democracia iliberal», término popularizado por

Zakaria (1997)³, es decir, como sistemas donde se celebran elecciones, pero las libertades civiles se hallan restringidas, el control del uso del poder es escaso y las minorías se encuentran especialmente desprotegidas.

Este modelo político que trata de desarrollar la derecha radical ha sido definido por Griffin (2000, p. 173) como «liberalismo etnocrático», pues «adopta con entusiasmo el sistema liberal, pero considera a un solo grupo étnico como miembro de pleno derecho de la sociedad civil», mientras que, al mismo tiempo, crea instituciones «para imponer un régimen profundamente antiliberal a todos aquellos que no califican por motivos raciales para ser tratados como seres humanos». Una acción política encaminada hacia este modelo no destruye desde fuera los sistemas liberales, sino que los contamina desde dentro.

En relación con el populismo, Mudde (2007, p. 31) señala que «mientras que el populismo puede ser una característica definitoria de la derecha radical de la era actual, esto no significa que la derecha radical tenga que ser siempre populista», por lo que debe entenderse como una forma que adopta la derecha radical. El populismo, para Mudde (2007, p. 23) es una ideología delgada (por lo que se une a otras ideologías gruesas, como el liberalismo o el socialismo, para desplegarse) que concibe a la sociedad como dividida en dos grupos antagónicos, el pueblo puro y la élite corrupta, de modo que la política debería responder a la voluntad general del pueblo. De este modo, se trataría de movilizar a los ciudadanos normales contra «los de arriba» para responder a los agravios y al resentimiento del que serían responsables (Betz, 2021, p. 10) No obstante, es bastante cuestionable que la derecha radical trate de enarbolar la voluntad del pueblo contra la élite como su proyecto, más allá de momentos puntuales. Además, en tanto no es una característica definitoria de los movimientos de esta ideología y que, en sus apelaciones al pueblo, la derecha radical presenta una concepción estrecha de este sujeto (mediada por el nacionalismo étnico), es razonable cuestionar su aplicación sistemática a esta ideología (Rydgren, 2017). Entendiendo las limitaciones del populismo como característica de la derecha radical, esta puede ser utilizada, especialmente como un discurso o estilo que polariza entre un nosotros (el pueblo) y un ellos (la élite) para legitimar determinadas acciones políticas, por eso aparece en múltiples ideologías políticas sin relación entre sí (Norris e Inglehart, 2019, pp. 66-68).

3 La proliferación de regímenes formalmente democráticos (o, al menos, electorales) con escasas libertades fue lo que motivó la aparición del concepto. Igualmente, ya desde los años 70 del siglo XX se atiende a este proceso. Véanse los debates en torno al «estatismo autoritario» de Poulantzas (2016) y el «populismo autoritario» de Hall (1980) y Bonnett et al. (1984).

2.2. La heterogeneidad de la derecha radical

Pese a la matriz ideológica común descrita arriba, la derecha radical no es un movimiento homogéneo. En primer lugar, la importancia clave del factor nacionalista en su corpus ideológico es determinante para comprender la posición que adopta cada partido. La defensa de un interés nacional como interés supremo deriva en conflictos con otros grupos de la derecha radical en la defensa de sus propios intereses nacionales (como ya ocurriera en el primer tercio del siglo XX)⁴, lo que lleva a posicionamientos enfrentados en el área internacional. De esta forma, la primera diferencia entre partidos de derecha radical se encuentra en Estados Unidos. Una parte de la derecha radical es decididamente atlantista, esto es, apoya la política de Estados Unidos en el tablero internacional. Mientras tanto, otra parte de la derecha radical es crítica con este papel, prefiriendo apoyarse en otros actores internacionales, especialmente Rusia bajo el liderazgo de Vladimir Putin (Forti, 2021, p. 104).

Una segunda diferencia se encuentra respecto a la política económica defendida por estos partidos. En este caso, la escisión tiene efectos menos traumáticos para las relaciones entre partidos de la derecha radical. Por un lado, están aquellos que defienden una política típicamente neoliberal, rechazando radicalmente la intervención del Estado en la economía para desarrollar políticas sociales. Por otro, están los defensores del llamado «chovinismo del bienestar». En este caso, aunque la desconfianza hacia el intervencionismo estatal sigue siendo elevada, apuestan por una batería de políticas sociales nativistas, es decir, medidas sociales (principalmente ayudas económicas o subvenciones) de las que solo puede beneficiarse la población nativa y, generalmente, asociadas a objetivos políticos reaccionarios (como puede ser el aumento de la natalidad nativa o favorecer la contratación de trabajadores nacionales). Estas medidas han sido vistas a veces como políticas izquierdistas o incluso socialdemócratas (Eatwell y Goodwin, 2019), pero lo cierto es que no se pretende alterar las relaciones de clase ni ofrecer un importante programa redistributivo que mejore sustancialmente las condiciones de vida de la clase trabajadora. En la mayoría de las ocasiones, esto es más un recurso discursivo en clave populista que una apuesta real por políticas izquierdistas. En este punto, la política económica de la derecha radical, sea neoliberal o sea chovinista del bienestar, es completamente derechista. Esta división, a veces exagerada por la literatura, parte de una comprensión de Mercado y Estado como radicalmente opuestos, pero, como argumenta Bonfeld (2015), una economía «libre» y un Esta-

4 Véase al respecto Gentile (2002, p. 102).

do «fuerte» no solo son compatibles, sino que son consustanciales. El Estado fuerte controla que se mantenga el orden en el mercado mediante un fuerte componente punitivo contra quien contravenga las leyes económicas. En este sentido, que el Estado intervenga en la economía no contradice al mercado ni supone un abandono del neoliberalismo. El sentido de la intervención ofrece más información al respecto que la intervención en sí.

Un tercer aspecto, todavía menos relevante, es el relativo a los valores morales (Mudde, 2021). Aquí, una parte de la derecha radical es profundamente conservadora, rechazando plenamente las reivindicaciones relacionadas con la ampliación de los derechos civiles, como el feminismo o la cuestión LGBT. Se oponen al aborto, a un papel más activo de las mujeres en la esfera pública o al reconocimiento de derechos para las personas no heterosexuales. Otra parte de la derecha radical, en cambio, estaría más abierta a estas cuestiones, aceptando algunos aspectos, pero nunca con un reconocimiento pleno de las demandas del movimiento feminista, por ejemplo. De hecho, más que aceptar estas demandas sociales, se da un intento de apropiación discursiva (al igual que en las aparentes diferencias económicas), como las reivindicaciones de su condición de mujer de Marine Le Pen o Giorgia Meloni, sin por ello dejar de criticar ferozmente el feminismo.

En general, la derecha radical se puede dividir en «neoliberales autoritarios» y «social-identitarios», tal como hace Ramas San Miguel (2019). Los primeros serían atlantistas, radicalmente contrarios a la intervención estatal para la redistribución económica (es decir, neoliberales) y decididamente conservadores en lo moral. Aquí, el caso del bolsonarismo brasileño o de Vox, el partido español, serían ejemplos claros. Los segundos, en cambio, mostrarían una mayor simpatía por Rusia que por Estados Unidos, adoptarían fórmulas económicas como el chovinismo del bienestar y, discursivamente, defenderían mínimos progresos morales. El ejemplo clásico es el viejo Front National francés, ahora Rassemblement National, o la Lega italiana de Matteo Salvini. En cierta forma, se puede señalar de forma genérica (aunque existen excepciones como Meloni) que la procedencia ideológica de los neoliberales autoritarios se halla en el conservadurismo clásico, mientras que los social-identitarios provienen de la extrema derecha, especialmente del neofascismo. Con todo, la radicalización de los primeros y la moderación de los segundos provoca su encuentro en la derecha radical.

3. Referentes culturales de la derecha radical

Para poder establecer cuáles son los principios teórico-políticos de la derecha radical, es importante aproximarse a las reflexiones de sus principales referen-

tes culturales. Concretamente, se presta atención al diagnóstico de la situación que realizan, al ideal que defienden y a los medios que plantean para llegar de un punto al otro.

En este sentido, la influencia fundamental que fundamenta la teoría política de la derecha radical es la de la ND, representada por Alain De Benoist o Guillaume Faye. Al mismo tiempo, cabe señalar, en un grado de influencia menor, el tradicionalismo de Julius Evola, junto con la síntesis entre estas dos corrientes (Nueva Derecha Europea y tradicionalismo) que opera Alexander Dugin⁵. A mayores, se contemplan las influencias más contemporáneas que han contribuido a reforzar la teoría política de la derecha radical, como es el caso de la *alt-right*, representada por figuras como Steve Bannon, o el conservadurismo radicalizado, donde destacan Roger Scruton y Olavo de Carvalho.

3.1. La Nueva Derecha Europea

La ND es la principal influencia cultural de la derecha radical contemporánea, de modo que ha tenido un papel decisivo en la formación de su teoría política. Los desarrollos de esta corriente se han articulado alrededor de la asociación cultural *Groupment de Recherche et d'Études pour la Civilisation Européene* (GRECE), fundada en 1968 en Niza y teniendo como principal representante de esta a Alain de Benoist. Otro autor importante es Guillaume Faye, quien abandonó el grupo en 1986, pero ha contribuido a dar forma a las posiciones de la ND.

Comenzando por el diagnóstico de la situación que llevan a cabo, los miembros de la ND entienden que su época, la modernidad, está marcada por la decadencia, pero esta situación tiene un origen anterior. La Ilustración sería un ejemplo de esta decadencia, ya que heredaría los idearios universalistas e igualitaristas del cristianismo, que estaría marcado por el dualismo y funcionaría de matriz para el hedonismo liberal: tener el cielo en la tierra (Antón-Mellón, 2012, p. 248). La propuesta de Benoist, entonces, rechaza el dualismo cristiano y le opone el paganismo, que es, ontológicamente, una unidad inseparable de lo divino y lo humano, de modo que la realidad es la unión con la tierra de nacimiento y, en lugar de considerar blasfemo pretender ser Dios (como en el cristianismo), ofrece una vía de alcanzar la divinidad mediante la acción humana: el guerrero mítico, el cual somete al mundo a su voluntad (Meilán Pena, 2022, pp. 5-6).

Síntomas de esta decadencia serían que el Estado se reduce a un organismo técnico al servicio de la economía en el que solo se protegen los derechos indi-

⁵ La Nueva Derecha Europea ya fundamenta algunos de sus postulados en el pensamiento de Julius Evola, a quien reivindican, pero en el caso de Dugin, la importancia otorgada al italiano es considerablemente mayor.

viduales que maximicen la rentabilidad, mientras que los valores igualitarios se hegemonizan en el Estado benefactor (el «Estado dinosaurio»). Los Estados-nación, según su análisis, están siendo superados por una tecnoestructura mundial que, de forma indirecta, dirige el mundo. Además, los derechos individuales se entienden como una mistificación del universalismo de los derechos humanos. Todo ello significa que la economía prima sobre la política y que la población ha sido educada en que el único fin de la vida es la maximización del placer individual, lo que refuerza su idea de estar experimentando una situación decadente (Antón-Mellón, 2012, pp. 248-249).

Políticamente, esto se traduce en que el enemigo principal (una vez el comunismo desaparece) es el liberalismo como ideología y como sistema de valores, donde Estados Unidos («nueva Cartago») es el líder occidental, ya que «el liberalismo destruye las identidades colectivas, las culturas enraizadas y es generador de uniformidad, (...) combatir el liberalismo es combatir el mal de raíz» (Editorial de *Élements*, 68, 1990, en Antón-Mellón, 2012, p. 251). Esta idea se justifica en que «el arraigo, que exige cierta continuidad cultural y una relativa estabilidad en las condiciones de vida, no puede menos que chocar con el *leitmotiv* del nomadismo permisivo resumido en el principio liberal *laissez faire, laissez passer*» (Benoist, s.a., *Elementos*, 28, p. 29), ya que el liberalismo es una doctrina «economicista». El liberalismo pretende despolitizar el Estado y subordinarlo a los imperativos económicos, lo que se halla en la base de la defensa de una igualdad natural que, en realidad, sustituye desigualdades no económicas por desigualdades económicas: «Antes se era rico por ser poderoso. Hoy se es poderoso por ser rico (...) El espíritu competitivo, cuando no es totalmente aniquilado como en las sociedades comunistas, se va acantonando en un solo terreno» (Benoist, s.a., *Elementos*, 28, p. 28). Benoist ofrece una radiografía de cómo ve el mundo la ND:

La modernidad no se caracteriza, pues, solamente por la relegación de las relaciones orgánicas y los valores jerárquicos, con la consiguiente sustitución del honor por la dignidad. No se limita tampoco a desacreditar la pertenencia a comunidades tradicionales, que interpreta como vestigios arcaicos o tensiones irracionales, ni a relegar las diferencias en la esfera privada, donde ellas no pueden crecer ya que el lugar del reconocimiento es la esfera pública. También se construye en la exclusión del tercero y en la reducción de la diversidad. Supresión de las castas y los Estados con la Revolución, homogeneización de las reglas del lenguaje y del derecho, erradicación progresiva de modos de vida específicos relacionados con el hábitat, con la profesión, con el medio social o la creencia, indistinción creciente de los roles sociales femeninos-masculinos: toda la historia de

la modernidad puede ser leída como la historia de un despliegue continuo de la ideología de lo Mismo (Benoist, 2020, p. 106).

El punto culminante de la decadencia sería la colonización de Europa, según la cual la población musulmana estaría invadiendo el territorio europeo, llevando a su población a una encrucijada: desaparecer o iniciar la reconquista⁶. Esta invasión se produciría por la confluencia de llegada de población musulmana a Europa y por la baja natalidad de la población europea, lo que generaría un cóctel demográfico que estaría forzando la sustitución. Además, como las culturas son vistas como totalidades excluyentes, su coexistencia se considera imposible, por lo que el conflicto violento se hace inevitable, lo que acabaría explicando la delincuencia. De acuerdo con Faye (s.a., p. 5), se estaría ante los primeros brotes de una guerra étnica, la cual interpreta como necesaria para que el sistema caiga en el caos y nazca uno nuevo, pues «Europa, que es un Pueblo, sobre una red territorial muy reducida, no puede soportar el caos étnico sin guerra civil». La guerra vista como oportunidad para Europa.

Frente a esta decadencia que representa la modernidad, con el liberalismo como su ideología principal, la ND plantea como objetivo «aportar ideas a un mundo que no tiene ninguna» (Benoist y Faye, 1986, pp. 157-158); es decir, sustituir las ideologías dominantes mediante la reconstrucción de la visión del mundo de acuerdo con sus preceptos, esto es, la de una sociedad civil orgánica, privada y competitiva en el que el todo es superior a la suma de sus partes. Esta reconstrucción solo puede ocurrir con un organismo social armónico, es decir, en la visión de la ND, de forma «natural» y jerárquica, donde el Estado dirige la política, mientras que la sociedad (étnicamente homogénea) controla la esfera productiva sin interferencias (solo subordinado al interés político nacional).

El hombre que ve la ND es la negación radical del hombre ilustrado, de modo que no nace libre ni igual, sino que es el combate, derivado de la esencia agresiva de las personas, lo que coloca a cada uno (y a cada nación) en su lugar. El hombre, por tanto, es naturalmente agresivo, desigual y jerárquico. El hombre es, también, naturalmente territorial, ya que está forjado por el arraigo, de modo que los protagonistas de la historia no son los individuos ni las clases, sino las comunidades étnicamente homogéneas. Faye (2017) lo ilustra con su propuesta arqueofuturista, según la cual, derivado de un cúmulo de crisis –económica, social, política, ecológica–, el mundo se dividirá en bloques étnicamente homogéneos, donde los habitantes de las ciudades disfrutarían

6 Esta argumentación es exactamente la misma que la teoría de la conspiración del «Gran Reemplazo».

de un elevado nivel tecnológico y un nivel de vida próspero, mientras que las poblaciones pequeñas tendrían una tecnología primitiva, como sacrificio por el bien común, es decir, la sostenibilidad ecológica del sistema.

Esta visión territorial no se limita al Estado-nación, entendido como caducado, sino que se sustituiría por el mito de Europa como comunidad imaginada y bajo la forma de Imperio. La idea es ofrecer una comunidad política federal en la que, bajo una unidad soberana superior, se reconcilien la identidad nacional (de corte etnoexcluyente) con las etnorregiones, constituyendo una «Europa de los pueblos»⁷. Este proyecto «paneuropeo» conecta con algunas de las aspiraciones del fascismo clásico, pero tiene como nuevas características el importante regionalismo, donde las comunidades regionales homogéneas se articulan en una Europa jerárquica y unida (Bar-On, 2013, p. 79). Así, frente a la civilización occidental, que no sería la civilización europea, y en línea con el neopaganismo de Benoist, la ND se erige como defensora de una civilización mítica europea y de la biodiversidad étnica, lo que se conecta con la subordinación de la economía a los objetivos políticos, la reivindicación del «derecho a la diferencia» y una educación en la comunidad donde se señale como el más alto honor el sacrificio de un individuo por su comunidad (Antón-Mellón, 2012, p. 250).

El «derecho a la diferencia» (o la «unión sin confusión», como lo define Benoist) es, sin duda, uno de los temas que más fortuna ha hecho dentro de la ND. Se desarrolla a partir del desplazamiento de lo biológico-racial hacia lo psicológico cultural a la hora de abordar el problema étnico. Se entiende, de nuevo contra la Ilustración, que la igualdad de nacimiento de los hombres no existe. En cambio, hay hombres desiguales derivado de la existencia de razas, pero estas no están jerarquizadas, sino que cada raza tiene una misión y, para esa misión particular, cada raza es superior a las demás (Sanromán, 2008, pp. 179-180). Esta idea nace como una forma de despejar las acusaciones de racismo que ciernen sistemáticamente al campo ultraderechista, de forma que, aparentemente, se oponen a la superioridad racial, al tiempo que desarrollan una nueva forma de exclusión cultural derivada de la división de la humanidad en totalidades diferenciadas entre sí por los rasgos étnico-culturales (Spektorowski, 2003, pp. 116-118). En esta operación, la inversión de los términos «racismo» y «anti-racismo» es fundamental en su reivindicación de la

⁷ Esta idea puede verse en Faye (2017, p. 7): «Evidentemente, soy fiel a la noción global de «nacionalismo», pero una noción extendida a una dimensión continental, europea y no solamente francesa, heredada de la dudosa filosofía de la Revolución Francesa (...) Es verdad que la Europa actual, este «Truco», tiene que ser combatida en su forma. Pero esta tendencia, *historial*, de pueblos europeos a agruparse frente a la adversidad, tiene que ser defendida desde la base».

diferencia (Bar-On, 2001, p. 339). Los racistas pasan a ser quienes propugnan el universalismo, mientras que la única forma de escapar al racismo consiste en afirmar las identidades colectivas, oponiéndose a los procesos de aculturación (Sanromán, 2008, pp. 215-216). Por tanto:

El derecho a la diferencia es un principio que, como tal, sólo vale por su generalidad (...) y cuyo lugar es el contexto más amplio del derecho de los pueblos y de las etnias: derecho a la identidad y a la existencia colectivas, derecho a la lengua, a la cultura, al territorio y a la autodeterminación, derecho a vivir y trabajar en el propio país, derecho a los recursos naturales y a la protección del mercado, etc. (Benoist, s.a., *Elementos*, 47, p. 5)

La ND trata de ofrecer una unión armónica de la sociedad (étnicamente homogénea) que la sitúe como un valor por encima de sus divisiones sociales (de clase, ideológicas, políticas, etc.), lo que hace que se autoadscriban en una tercera vía que supera el paradigma izquierda-derecha, aunque es una afirmación que no se sostiene, en tanto su ideología se adscribe de forma clara al campo ideológico de la ultraderecha (Antón-Mellón, 2011, pp. 70-71; Bar-On, 2013, pp. 70-71).

Los medios que plantea la ND para alcanzar este estado de cosas se centran en el combate de los individuos y los pueblos, en clara conexión con su interpretación polemológica de la existencia. Este combate se realiza contra la subordinación al imperativo económico, donde el recuerdo del pasado mítico europeo juega un papel fundamental, al permitir potenciar un concepto, antiguo y nuevo, de libertad comunitaria, promover valores aristocráticos, resucitar Europa, separar los conceptos jurídicos de nacionalidad y ciudadanía⁸ (vale decir, expulsión de la inmigración, bajo el principio del «derecho a la diferencia»), dotar de centralidad a los criterios etnonacionalistas, aliar Europa y el Tercer Mundo contra la hegemonía estadounidense, combatir el igualitarismo y el universalismo, preservar la biodiversidad, supeditar la economía a la política, desmercantilizar el mundo y buscar la armonía. Todo ello contra sus enemigos principales: la filosofía del liberalismo y Estados Unidos (Antón-Mellón, 2012, pp. 253-254).

Esta serie de medios para instaurar su ideal tienen un carácter palingenésico, al ser planteados contra la decadencia y como una forma de renacimiento de Europa. No obstante, el combate se plantea principalmente en términos

8 «El pueblo entendido como asamblea de ciudadanos (*demos*) debe distinguirse de la asamblea de hombres de un mismo origen (*ethnos*)» (Élements 64, 1988).

metapolíticos, es decir, en términos de lucha cultural. La conquista del poder político viene precedida por la conquista de la hegemonía cultural, de acuerdo con las tesis de Benoist (s.a., *Elementos*, 40, p. 8), en una adaptación libre del pensamiento de Antonio Gramsci, de que «allí donde reina una atmósfera cultural específica a la que se adhiere espontáneamente la mayoría de la sociedad, no hay toma del poder político sin una toma previa del poder cultural»⁹. Además de metapolítico, el combate que propugna la ND tiene fuertes componentes voluntaristas, donde cada individuo puede convertirse en héroe mediante la lucha por dominar su destino (Meilán Pena, 2022, p. 6). Es de esta forma que debe entenderse la idea de Faye (2017, p. 30) de que, en la confluencia de catástrofes civilizatorias que espera a la humanidad, un conjunto de guerreros regeneradores de la comunidad europea acabará con la decadencia por medio de un pensamiento radical desarrollado por una minoría de intelectuales.

La ND, que trata de ofrecer una alternativa de derecha radical a la decadencia que observan en la sociedad, construye esta visión a partir de las aportaciones de Friedrich Nietzsche, Charles Maurras, Julius Evola o los pensadores de la Revolución Conservadora (Ernst Junger, Oswald Spengler, Carl Schmitt, Arthur Moeller van den Bruck, etc.) (Simón Gómez, 2007, p. 192), en un intento de mantener una agenda fascista (en lo ideológico, pero no en los medios de acción política) que tiene por objetivo el renacimiento étnico de Europa (Griffin, 2007, pp. 81-83). La agitación metapolítica y el voluntarismo como formas de combatir por el renacimiento europeo y la superación de la modernidad decadente, se constituyen en los medios que deben encaminar al establecimiento de comunidades étnicamente homogéneas radicalmente separadas las unas de las otras.

3.2. El neotradicionalismo

Una corriente que ha influido en la ND y, a su vez, en el pensamiento de la derecha radical es el neotradicionalismo. Aquí, la figura principal es la de Julius Evola, pensador italiano que aborda muchos de los temas que la ND acaba tratando. Evola, aunque reivindica la bandera de la contrarrevolución, se decanta por la reacción como definición de su proyecto político (Antón-Mellón,

9 «La ‘hegemonía’ era un ascendiente cultural y moral que había que ganar de forma consensuada en el seno de la sociedad civil, el fundamento real de la existencia social, y que aseguraría finalmente la posesión pacífica del Estado» es una tesis que firmaría Benoist, pero «esto no era lo que pensaba Gramsci», quien, concediendo importancia al consenso popular para derrocar el orden existente, «era un revolucionario de la Tercera Internacional convencido de que la única forma de acabar con el capital era con la fuerza de las armas». Esta crítica de Anderson (2012, p. 339) al comunismo italiano durante la Guerra Fría es válida, también, para esta interpretación de la ND del revolucionario sardo.

2007, p. 207). También debe destacarse en esta corriente a Alexander Dugin, pensador y político ruso que ha formado parte del movimiento de la ND y lo populariza en Rusia, pero se va distanciando progresivamente de sus postulados, llegando a afirmar Benoist que el eurasianismo es incompatible con el nacionalismo que él defiende, ya que aquel se basaría en el imperio y este en el Estado-nación (Benoist, 2022, 3 de septiembre). Así, la propuesta de una «Cuarta Teoría Política», «Nacional-bolchevismo» o «Eurasianismo» que elabora Dugin, más que en la corriente de la ND¹⁰, aunque profundamente influida por esta, se sitúa en el neotradicionalismo, en tanto es seguidor directo de Evola y René Guénon.

El diagnóstico que ofreció Evola de la sociedad posterior a la Segunda Guerra Mundial era el de una profunda decadencia, la época de *Kali-Yuga*, la oscuridad total que precede al cataclismo (Sheehan, 1981, p. 62). Esta época deriva de la pérdida de lo sagrado y el crecimiento del materialismo que sustituye la espiritualidad, la cual tendría inicio en la Revolución Francesa. La máxima decadencia la representan el igualitarismo y el materialismo, que han sustituido a las castas y a la espiritualidad. El capitalismo estadounidense y el bolchevismo soviético, máximos enemigos de la Tradición (junto al judaísmo), han triunfado. Concretamente, la desaparición de las castas ha permitido que la economía domine sobre los factores políticos, lo que tiene como resultado que el liberalismo triunfe en teoría política y el humanismo en el plano cultural. Estas doctrinas exaltan el hedonismo, al tiempo que niegan las jerarquías orgánicas de la sociedad (Antón-Mellón, 2007, pp. 208-211). Evola señala que «El liberalismo es la antítesis de cualquier doctrina «orgánica»» (Evola, 1984, p. 33).

La exposición de Dugin resulta más contemporánea. Señala que a partir de 1991 se concibe un Orden Mundial unipolar con la hegemonía de Estados Unidos, al tiempo que se ignoran otros polos de poder. Este Orden Mundial consiste en universalizar la economía de libre mercado, la democracia y la ideología de los derechos humanos. Todas las tendencias que pugnan por el poder en Estados Unidos coinciden en afirmar su dominación estratégica, económica y política mediante la destitución de la soberanía de los Estados y la promoción de los valores occidentales como valores universales. Por supuesto, esto es interpretado negativamente: «EEUU es una plaga absoluta para la humanidad. Y la élite globalista es la quintaesencia de EEUU» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 43).

10 Las conexiones de Dugin con la ND en los años 90 del siglo XX y su posterior alejamiento son descritas en Shekhovtsov (2015).

Según Dugin, la globalización (emprendida por una élite occidental cuyas raíces se encuentran en la Ilustración) es la base de este Orden Mundial, de modo que la lucha del militarismo sino-ruso (la Orden de los Guerreros/Orden de la Fuerza) y de la Hermandad Musulmana (la Orden de los Sacerdotes/Orden del Espíritu) contra Estados Unidos y la globalización (la Orden de los Comerciantes/Orden del Dinero) es una causa justa contra la expansión occidental. Esta expansión socava el holismo de Oriente, sentando las bases del individualismo. Oriente es el símbolo de lo que defiende Dugin, pues, siguiendo a Guénon, considera que Occidente es degeneración, pero Oriente es holismo, jerarquía y orden.

Al igual que Evola, una visión decadentista atraviesa todo su diagnóstico del mundo, entendiendo que «estos fenómenos son el último punto del camino de Occidente en dirección al abismo, la última estación del mal y la imagen casi transparente del anticristo/ad-dadjal/erev rav. Occidente es el centro de la *Kali-Yuga*, su motor y su corazón» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 69). No obstante, se reconoce que Occidente tuvo su propia Tradición, pero ha sido contaminada por «gérmenes venenosos» que han llevado a la civilización mercantil y capitalista. Occidente debe, para Dugin, buscar en sus raíces el pasado indoeuropeo eurasiático, que representa sociedades holísticas, con una cultura guerrera y jerárquica (Dugin y Carvalho, 2012, p. 73).

El rechazo a la modernidad de Evola lo lleva a una glorificación de la Tradición, siguiendo el pensamiento de Guénon (Ferraresi, 1987, p. 110). Esta época decadente se debe a que el caos ha sustituido al orden, ya que, perdida la Tradición, se pierde la consciencia de ser parte de una unidad orgánica jerárquica, que es la fuente de legitimidad del poder político. De esta forma, una raza se degenera cuando experimenta una decadencia espiritual, además de por mestizajes. Perder la Tradición es una forma de perder la raza, en el pensamiento evolviano. Este «racismo espiritual» plantea que lo que constituye la superioridad de una raza sobre otra es su orientación espiritual, más que factores biológicos (Sheehan, 1981, p. 60).

Para Dugin, el Modernismo y el Posmodernismo son los valores de la unipolaridad, valores profundamente anti-tradicionales. En continuidad con el tradicionalismo, comparte «la visión de René Guénon y Julius Évola, que consideraban la Modernidad (...) siendo la causa de la futura catástrofe de la humanidad y el dominio de las actitudes occidentales como la razón de la degradación final del planeta» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 116). Estos valores, que pretenden ser universales, son una agresión a las culturas y tradiciones que aún existen en el mundo, de modo que la globalización es definida como el

reino del Anticristo. Aquí, el racismo espiritual de Evola queda fuera del pensamiento de Dugin, estando en conexión con el etnodiferencialismo de la ND.

Evola apuesta, entonces, por reconocer y recordar las verdades suprahumanas que están en los mitos y símbolos tradicionales. Esas verdades se identifican con el espíritu colectivo de una sociedad determinada. De este modo, uno de los principios que Evola ensalza es el de la desigualdad natural (en términos raciales) de los seres humanos, lo que antagoniza con la visión cristiana de que los seres humanos son esencialmente iguales. Esta desigualdad, además, es una necesidad, un factor positivo: «La desigualdad es un derecho real, y es real porque es necesaria (...) toda ideología igualitaria es el inicio seguro de un clima de degeneración» (Evola, 1984, p. 24). Otro principio clave para Evola es el de las jerarquías naturales, del que se deriva la natural desigualdad entre humanos. La existencia de seres superiores justifica la autoridad de estos, que confieren disciplina a toda la sociedad. En la visión de Evola, el orden social se divide en cuatro castas estratificadas, a saber, jefes sacros, nobleza guerrera, burguesía y siervos. Si estas jerarquías se respetan, la sociedad estará ordenada, lo que permitirá que la decadencia y la corrupción sean sustituidas por la nobleza y el heroísmo (Antón-Mellón, 2007, p. 217). La doctrina de Evola sobre las jerarquías está en la base de su profundo rechazo al igualitarismo (Sheehan, 1981, p. 59)

Los valores fundamentales son, entonces, la Autoridad, el Orden y la Justicia, los cuales son asegurados por el Estado, que une la autoridad y la dominación, la 'auctoritas' y el 'imperium'. El Estado, como reflejo de las distintas dignidades que existen en la sociedad, debe ser orgánico, antiliberal y antidemocrático, con una legitimidad fundada en lo sagrado. El profundo anti-igualitarismo de Evola le lleva a presentar como primera tarea de este Estado la eliminación de las instituciones que derivan de este «sinsentido», como los partidos políticos, los parlamentos o el sufragio universal (el cual, para la desaprobación de Evola, ha llegado al punto de incluir a las mujeres) (Ferraresi, 1987, p. 125). Este Estado al que aspira Evola es armónico, ya que cada individuo está ubicado donde su naturaleza le indica en una estructura piramidal (cuanto más cerca del vértice, mayores son el rango, la libertad y la dignidad), y toma la forma de un Estado imperial con una organización territorial federativa, pues conviene que la unidad se coordine a través de la autonomía de las partes. El corporativismo, como comunidad de trabajo y solidaridad productiva, es el modelo económico que defiende (al igual que el fascismo), ya que consolida la competencia y la jerarquía (Antón-Mellón, 2007, pp. 216-18).

Dugin también plantea una vuelta a la Tradición como objetivo de su acción política. Concretamente, plantea la salvación de los valores tradicionales que existen en la sociedad de la destrucción global que lleva a cabo la Modernidad. Este retorno a lo tradicional pasa por una «revuelta contra el mundo moderno» que recupere los aspectos positivos de las ideologías antiliberales del pasado y deseche los negativos. Del socialismo rescata la solidaridad social, la justicia social y el holismo, pero rechaza su modernidad, ateísmo, materialismo y cosmopolitismo. De la Tercera Vía (el fascismo) rescata la mayor parte de sus fundamentos, pero rechaza el racismo y el nacionalismo, ya que, como la ND, «la diferencia debería ser aceptada y afirmada sin ninguna apreciación racista. No hay una medida común al lidiar con grupos étnicos diversos. Cuando una sociedad intenta juzgar a otra, ella aplica su propio criterio, cometiendo así una violencia intelectual» (Dugin y Carvalho, 2012, pp. 117-118). De esta síntesis antiliberal surge la «Cuarta Teoría Política» (tras el liberalismo, el comunismo y el fascismo) o «Nacional-Bolchevismo»¹¹, que debe apelar a la Tradición y a fuentes premodernas como la República de Platón o las sociedades jerárquicas y teológicas de la Edad Media, con el objetivo de superar la unipolaridad e instaurar la multipolaridad (Dugin y Carvalho, 2012, p. 118). El mundo multipolar permite que las tradiciones resurjan sobre una base común: la familia, la religión y las jerarquías (Jara Townsend, 2020, p. 173). Para entender esta síntesis ideológica, conviene atender a las palabras de Dugin:

La justicia social, la soberanía nacional y los valores tradicionales son tres principios de tal ideología (...) En francés hay el eslogan: «la droite des valeurs et la gauche du travail» (Alain Soral). En italiano tenemos: «La Destra sociale e la Sinistra identitaria» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 118).

Con este objetivo de volver a la Tradición por medio de una nueva ideología, Dugin plantea la unión de todos los que rechacen la Modernidad, la Posmodernidad, la globalización o Estados Unidos en una lucha contra el enemigo común. El frente anti-globalista debe reunir ideales diferentes que compartan un odio por la realidad presente, dejando de lado los prejuicios religiosos, anticomunistas y antifascistas, que son herramientas de los liberales y los globalistas para dividir a quienes se resisten a ellos. Esta unión, por tanto, no tiene como sujeto a la clase (propio del comunismo) o a la raza o la nación

11 «El nacional-bolchevismo es la súper-ideología común a todos los enemigos de la sociedad abierta. No es solo una entre las ideologías hostiles a tal sociedad, sino precisamente su antítesis consciente, total y natural» (Dugin, s.a., p. 46).

(propio del fascismo), sino el concepto heideggeriano del Dasein, es decir, «ser ahí», la conciencia que determina al ser a través de la continuidad del espacio y del tiempo. Se trata de un sujeto capaz de lidiar con la diversidad de actores del frente anti-globalista. Es el «sol de medianoche», es decir, un milagro, un sujeto irracional que rompe con el principio de contradicción, es inmortal y representa la barbarie contra la civilización (Jara Townsend, 2020, pp. 169-170) Bajo este prisma, la meta de Dugin es «reclutar soldados para la lucha contra Occidente y la instauración del Imperio Eurasiano universal» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 67).

Los ejemplos históricos de restauración heroica que observa Evola son Roma (gracias a la militarización de la sociedad) y el feudalismo (la caballería medieval como élite guerrera, leal a la autoridad imperial y siguiendo los valores del honor, el coraje y la lealtad). También Esparta, como un mundo heroico y sagrado, es merecedor de la simpatía de Evola (Ferraresi, 1987, p. 118). En clara analogía a Evola, Dugin habla de una «Tercera Roma», a medio camino entre el Tercer Reich y la Tercera Internacional (únicas revoluciones que vencieron temporalmente al liberalismo), como revolución contra la dictadura de la razón, pues el nacional-bolchevismo es la «activa y agresiva destrucción de lo racional» (Dugin, s.a., pp. 55-56). En la evolución del pensamiento de Evola, en cambio, se pasa de la confianza en que un selecto grupo de héroes encuadrados en una Orden alcanzarían este estado de cosas gracias al retorno a la espiritualidad tradicional y al despertar de una conciencia ecuménica europea, a una creencia en que la restauración heroica de la Tradición es imposible (Antón-Mellón, 2007, p. 210). Las últimas consideraciones de Evola refieren a la *apoliteia*, a entender el movimiento político como algo banal. La decadencia es tan potente que, si alguien se enfrenta a ella, corre el riesgo de sucumbir, por lo que hay que permitir que la decadencia cumpla su ciclo. Mientras tanto, uno debe aferrarse a los valores tradicionales, retraerse a una espiritualidad interior y abandonar la acción directa (Simón Gómez, 2007, pp. 190-191). El ideal evoliano está lejos de la realidad que él describe, por lo que recomienda *cabalgar el tigre de la modernidad*:

La regla a seguir puede consistir, entonces, en dejar libre curso a las fuerzas y a los procesos de la época, permaneciendo firmes y dispuestos a intervenir «cuando el tigre, que no puede abalanzarse sobre quien lo cabalga, esté fatigado de correr» (Evola, 1987, p. 14).

Por tanto, el diagnóstico del neotradicionalismo parte de una interpretación de la decadencia de Occidente y de entender la época actual como la *Kali-Yu-*

ga. Tanto Dugin como Evola señalan la pérdida de la espiritualidad y los valores tradicionales como la base de esta degeneración y consideran que se debe retornar a la Tradición, pero los medios por los que apuestan para realizar su «revuelta contra el mundo moderno» varían. Mientras Evola pasa de la acción del selecto grupo de héroes a la *apoliteia* y a recomendar «cabalgar el tigre de la modernidad», Dugin plantea una renovación ideológica que sintetice los postulados antiliberales (el comunismo y el fascismo, según su visión) para ensamblar un diverso frente anti-globalista de soldados que una a la Orden de la Fuerza y a la Orden del Espíritu contra la Orden del Dinero. Además, la influencia de la ND sobre Dugin es patente, como se puede observar en su teórico rechazo del racismo y su afirmación del derecho a la diferencia. Con todo, no es equiparable a aquella corriente, especialmente por su insistencia en los valores tradicionales por encima de la nación y sus medios, orientados hacia la acción directa y no tanto hacia la agitación metapolítica.

3.3. La *alt-right*

Una de las fuentes más destacadas de la derecha radical contemporánea es la corriente de la *alt-right*, especialmente por su vinculación con el éxito electoral de Donald Trump en Estados Unidos. Esta corriente empieza a configurarse en la década de 2010 como una reacción a la hegemonía de los valores liberales y tolerantes de la sociedad estadounidense y como una radicalización del paleoconservadurismo (Rueda Toledano, 2021, p. 13). Uno de los exponentes principales de la misma es Steve Bannon, quien fue asesor de Donald Trump y director de Breitbart News entre 2012 y 2017, lo que supuso una radicalización del medio en los postulados de la *alt-right*, hasta entonces clásicamente conservador. Cabe señalar que dentro de la *alt-right* pueden distinguirse dos facciones: la facción Radix, más radical e identificada propiamente como *alt-right*, y la facción Breitbart, más moderada e identificada como *alt-light* (alternativa ligera). La división de facciones deriva de los medios en que operaban sus representantes: Richard B. Spencer en Radix, Bannon en Breitbart (Reguera Mateo, 2017). Concretamente, aquí se evaluará la tendencia *alt-light*, sobre todo a través de las ideas de Bannon, que es la que más ha influido sobre las posiciones de la derecha radical, mientras que la facción de Radix, con sus alusiones al componente racial, han operado más en el campo de la extrema derecha (Rueda Toledano, 2021). Se seguirá utilizando el concepto *alt-right* para referirnos a la facción de Breitbart, ya que hace referencia al grupo en general.

El diagnóstico que realiza Bannon se fundamenta en la debilidad de Estados Unidos derivada de la crisis de 2008, que considera única en la historia y

superior a otras del pasado. La crisis fue causa de las élites (conformadas por las finanzas, las corporaciones y la élite política permanente de Washington) o el «Partido de Davos», tal como las denomina de forma reiterada, las cuales habrían sido rescatadas económicamente por el gobierno, pero el pago lo realizó «el tipo normal»¹², quien ahora sufre un estado de precariedad y está en la base del movimiento populista (Griffiths, 2019, pp. 9-10). Este movimiento, señala, tendría en la juventud a su mayor potencial, pues no les pertenece nada ni nada les pertenecerá, lo que les hace especialmente sensibles a la lógica populista (Griffiths, 2019, p. 12). En suma, habría «socialismo en los Estados Unidos para los muy ricos y los muy pobres, y una forma brutal de darwinismo capitalista para todos los demás» (Griffiths, 2019, p. 45). Esta radiografía es una simplificación binaria entre buenos (los tipos normales) y malos (la élite). Los tipos normales, además, son presentados como «nativos americanos», mientras que la élite es un ente cosmopolita (Alexander, 2018, pp. 141-142), la cual representaría lo peor del capitalismo. Esta crítica a las estructuras capitalistas (o, a una parte de estas, concretamente a las grandes empresas multinacionales, el «globalismo») está normalmente mediada en términos étnicos, siguiendo la estela de la ND (Taylor, 2021).

Bannon apunta a la crisis causada por las élites como la base del triunfo y extensión del populismo nacionalista, del que Trump sería una expresión. El origen de este movimiento populista estadounidense, con todo, lo sitúa en los gobiernos de Bush, donde se produce el crecimiento de China, al tiempo que se desindustrializa Estados Unidos y se deslocalizan los trabajos manufactureros. Además, este gobierno habría destruido lo que Bannon entiende como la base de la familia judeocristiana occidental: la capacidad de ahorro (Griffiths, 2019, p. 39). La referencia a la familia judeocristiana es coherente con la tendencia de la derecha radical a abandonar la construcción de la identidad en torno a los límites nacionales y utilizar términos «civilizatorios» que evoquen las bases de la cultura occidental y sus modos de vida. En el marco de la agenda nativista, esta identidad amplia ha sido utilizada como justificación para emprender medidas discriminatorias contra otros grupos étnicos, especialmente los musulmanes, como se puede ver en la prohibición de Trump a la entrada en Estados Unidos de refugiados e inmigrantes de países musulmanes (Betz, 2017).

En su opinión, el populismo sería, entonces, una auténtica revolución política, por lo que no se debe debatir si está o no en auge, cosa que da por senta-

12 Bannon señala constantemente a «the little guy» como la víctima de las élites.

da, sino qué tipo de populismo triunfará: uno nacionalista y conservador, que reducirá el tamaño del Estado desplegando el poder del capitalismo (como el de Orbán o Trump) o uno socialista que incrementará la intervención estatal de la vida (como el de Bernie Sanders o Jeremy Corbyn) (Griffiths, 2019, p. 34). Define este momento como el «cuarto giro» en la historia estadounidense, poniendo en el mismo lugar de relevancia histórica al movimiento populista junto a la Revolución, la Guerra Civil y la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, como los otros «giros» de la historia americana (Griffiths, 2019, p. 66).

El populismo nacionalista que defiende Bannon cree en el capitalismo (pese a las críticas que en ocasiones vierte sobre alguna de sus formas) y plantea la deconstrucción del Estado administrativo (lo que no se trata de desregular, sino de desmontar el Estado o, en sus palabras, el 'Leviatán', bloque a bloque), que los tipos normales obtengan una parte de los beneficios y la eliminación del «capitalismo de amiguetes» que aplican las grandes corporaciones y el gobierno (Griffiths, 2019, pp. 8-9). Esta apuesta por un nacionalismo económico, claro está, se vincula directamente al nativismo de la derecha radical. Concretamente, el etnonacionalismo que se plantea desde la *alt-right* es el del nativismo blanco, es decir, que el grupo que da forma a la nación estadounidense y, por tanto, debe poblarla y dirigirla, es el de las personas blancas, que da forma al «nosotros» de este discurso. El «otro», por su parte, es la inmigración no deseada, que amenaza la existencia y modo de vida de la población blanca, particularmente, en el discurso trumpista, la población musulmana y mexicana (Alejo, 2018, p. 190). En este sentido, el rechazo a la igualdad en todos los ámbitos es una característica clave del pensamiento de la *alt-right*, como evidencia Jared Taylor, miembro del ala radical, pero seguidor de Trump:

¿Qué es la Alt-Right? Es un movimiento disidente y transversal que rechaza la ortodoxia igualitaria. Estas ortodoxias nos quieren hacer creer que los sexos son equivalentes, que la raza es insignificante, que todas las culturas y religiones valen lo mismo y que cualquier orientación o identificación sexual es saludable. Nosotros negamos estas cosas. La Alt-Right es también escéptica de la democracia de masas. Se opone a la ayuda internacional y al intervencionismo extranjero, especialmente para la construcción nacional (Taylor, 2016, 11 octubre).

La recuperación de soberanía nacional (en términos etnoexcluyentes) es, entonces, para Bannon, una prioridad, por ello justifica la creación de «The Movement» como organización que trataría de coordinar el movimiento po-

pulista europeo en torno a la demanda de recuperación de la soberanía. El objetivo sería, entonces, empoderar a los ciudadanos, lo que requiere «desdemonizar» el Estado-nación para evitar depender de entidades transnacionales que no rinden cuentas a la población (como el Banco Central Europeo o la Unión Europea) (Griffiths, 2019, pp. 44-45).

Junto a este nacionalismo económico, el movimiento de Trump defendería una política de seguridad nacional que priorice los intereses estadounidenses (*America First*), lo que justifica demandar el aumento del gasto militar a los miembros de la OTAN, ya que, de acuerdo a Bannon, no puede recaer toda su carga sobre los tipos normales de Estados Unidos, además de que el gobierno de Trump debía aplicar su naturaleza populista y nacionalista, lo que explica que «ha llegado el momento en que dejemos de buscar ser un imperio. No somos un poder imperial, somos un poder revolucionario» (Griffiths, 2019, pp. 53-54). En este aspecto, el aislacionismo que la *alt-right* ha heredado del pensamiento paleoconservador es más que evidente (Rueda Toledano, 2021, p. 16).

En suma, Bannon entiende la sociedad como dividida entre gente normal y una élite político-económica (el «Partido de Davos»), en una imagen clásicamente populista, categoría, además, en la que se reconoce. Igualmente, la crisis de 2008 habría sido el momento en que esta división se agudiza, derivada de la alianza entre las grandes empresas y la clase política para salvarse a sí mismas, al tiempo que la carga económica recaía sobre la gente normal, terminando con su bienestar e impidiendo, entre otras cosas, que dispongan de capacidad de ahorro. En su narración de los acontecimientos hay rasgos claros del decadentismo y de una visión romántica e idealizada del pasado, pero siempre desde una perspectiva populista, en la que una élite corrupta traiciona al pueblo. Además, como reconoce el propio Bannon, su populismo está atado al nacionalismo, de modo que su objetivo político es recuperar la primacía de Estados Unidos en el mundo (de ahí surge el *Make America Great Again*), donde el bienestar de la gente normal es claramente secundario, pese a las apelaciones a ella¹³. Los medios que plantea para alcanzar este fin se centran en dos cuestiones: la «deconstrucción del Estado administrativo» (que consiste en la reducción del tamaño del ente público) y la política de seguridad de *America First* (que consiste en exigir una mayor participación económica de otros Estados en la OTAN). Con todo, estas ac-

13 Por ejemplo, se puede evidenciar en el recorte de impuestos a las corporaciones, del que Bannon dice que pretendía que volviesen al país los trabajos manufacturados, lo que sería la esencia del populismo (Griffiths, 2019, p. 15). Pese al giro argumental, está claro que los principales beneficiados de esa política son las grandes corporaciones y, solo subsidiariamente, podría reportar beneficios a esa «gente normal».

ciones solo son posibles tras todo el período de agitación metapolítica que precedió al triunfo de Trump. Esta estrategia, adoptada por la *alt-right* tras recuperar las ideas de la ND (Rueda Toledano, 2021, p. 17), fue puesta en práctica a través de los medios de comunicación que controlaban sus miembros, así como a través de internet y las redes sociales como una forma de diseminar sus ideas entre la población para facilitar la toma del poder político (Taylor, 2021). Es importante, en este aspecto, la utilización falsificada de la obra de Nietzsche por parte de Richard B. Spencer para dotar de contenido a la propuesta antidemocrática y racista (al menos en la facción Radix) de la *alt-right* y contribuir a la lucha cultural mediante la reapropiación de pensadores influyentes (Molas, 2022).

El diagnóstico de la *alt-right* está marcado por el decadentismo, al entender que Estados Unidos ha perdido su primacía en el mundo, entre otras cosas por la pérdida de dirección de la nación por la población blanca. El lema 'Make America Great Again' sería, entonces, 'Make America White Again' (Alejo, 2018, p. 198). El objetivo de Bannon pasa por frenar esta decadencia mediante el nativismo blanco, lo que se refleja en el nacionalismo que late detrás de todas las políticas que defiende, aunque utilice el populismo como mecanismo discursivo para disimular su reivindicación de un conflicto entre americanos blancos e inmigrantes no-blancos bajo el paraguas del conflicto «pueblo-élite». Los medios de acción de la *alt-right*, en línea con la ND, pasan por la agitación metapolítica como forma de prepararse para la toma del poder político. Una vez logrado esto, se observa que las reformas que defiende esta corriente son de tipo nacionalista autoritario (con la política de «America First») y neoliberal (con el «desmantelamiento del Estado administrativo»).

3.4. El conservadurismo radicalizado

Una fuente importante de la teoría política de la derecha radical contemporánea se encuentra en el conservadurismo radicalizado. Aquí destaca, especialmente, la figura de Roger Scruton, filósofo británico que es reiteradamente elogiado por Giorgia Meloni¹⁴, presidenta del Consejo de Ministros de Italia desde 2022, dirigente del partido de derecha radical Fratelli d'Italia (FdI) y presidenta del Partido de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR) desde 2020. También Santiago Abascal, líder de Vox, se ha acercado a esta figura, entre otras cosas prologando su libro *Filosofía verde* (Abascal, 2017). Otra figura destacable es la de Olavo de Carvalho (quien, por cierto, también elogia

14 Véase su libro *Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee* (Meloni, 2021).

al filósofo británico)¹⁵, el pensador de cabecera de Jair Bolsonaro, ex presidente de Brasil, y otro ejemplo de conservadurismo radicalizado. Sus posturas no son idénticas, pero tienen una matriz y desarrollo comunes que permiten considerarlos parte de la misma corriente.

Respecto al diagnóstico que se ofrece de la situación actual, esta se caracteriza por el riesgo de que la civilización europea se disuelva, donde destacan la pérdida de la identidad nacional, de las fronteras y de la fe cristiana (Scruton, 2018, p. 24). Las fronteras se definen como resultado de las identidades nacionales y como fundamento de la democracia, siendo el factor que permite esta forma de gobierno. Por el contrario, la religión, cuando se sitúa por encima de la nacionalidad, supone una amenaza para el orden democrático. No obstante, más importante que las fronteras es la civilización que las crea, que en este caso es de raíces cristianas. Partiendo de la idea de Burke de la sociedad como asociación entre los muertos, los vivos y los que están por nacer, Scruton (2018, pp. 28-32) señala que esta da forma al «nosotros» que constituye a la comunidad, y sin el cual la comunidad no podría existir. De hecho, ese «nosotros» se forja con la identidad nacional, que se interpreta con un origen natural que da forma a agrupaciones mayores: «El Estado nación, como lo concebimos, es el subproducto de la vecindad humana, moldeado por la mano invisible de incontables acuerdos entre personas que hablan el mismo idioma y viven cerca» (Scruton, 2018, p. 39).

Este es el elemento que permite el apego a aquello que se ama (y el conservadurismo sería una filosofía del apego), pero también permite protegerse contra la decadencia. La entidad responsable de este proceso de decadencia y disolución de la civilización europea sería la Unión Europea (UE), que se entiende como el resultado de una conspiración que representa los intereses laboristas e izquierdistas. Es una amenaza exterior (UE) e interior (izquierdismo) en tanto desarrolla una «cultura del rechazo» contra el Estado-nación y la idea nacional, mientras que el conservadurismo los defiende, es una «cultura de la afirmación» (Scruton, 2018, p. 44).

Esta denuncia a las entidades supranacionales la realiza también Olavo de Carvalho al señalar a la élite financiera occidental como el actor internacional más cercano a sus objetivos, actuando por encima de los Estados y subyugando a las naciones, incluso a aquellas que domina, como Estados Unidos, principal víctima del proyecto globalista con el que colaboran Rusia y China. Se trataría de «el Consorcio», toda una «élite globalista» de capitalistas y ban-

15 Véase Olavo de Carvalho (2011, 21 septiembre).

queros internacionales con existencia durante más de un siglo cuyo objetivo es instaurar una dictadura socialista mundial. No obstante, este socialismo es un proceso, pues nunca se alcanza el Estado socialista, sino que se instituye un Estado socializante que se aproxima al socialismo asintóticamente, haciendo quebrar a las pequeñas empresas en beneficio de las grandes corporaciones. Es un proceso de centralización del poder económico que nunca estatiza los medios de producción, por lo que hay una alianza entre grandes capitalistas y el Consorcio, protegiendo a los primeros con una burocracia estatal y de una estatización definitiva de los medios de producción (Dugin y Carvalho, 2012, pp. 47-52).

En la UE, Scruton también ve una forma de socialismo, modelo que entendería al Estado como una figura paternal que debe rescatar a la gente de la pobreza, para lo cual ejerce un control sobre las relaciones económicas de los individuos, bajo la idea de que todos los seres humanos son iguales. Esta acción política habría creado una clase de dependientes permanentes de las ayudas sociales, las cuales se emiten sin límite presupuestario, lo que hipoteca a las generaciones futuras y rompe con el pacto generacional burkeano. Además, la definición de la pobreza como un fenómeno relativo sería un intento de perpetuar «la gran ilusión socialista» de que «los pobres son pobres porque los ricos son ricos» y que «la pobreza se cura solo con la igualdad, no con la riqueza» (Scruton, 2018, p. 48). Esta definición produce que la pobreza nunca desaparecerá, ya que hay desigualdades naturales, las cuales son la base de la existencia de personas con más ingresos. La solución a las desigualdades estaría en que los ricos fuesen conscientes de su éxito y de la existencia de desigualdad, de modo que hagan donaciones o creen empresas, compartiendo con los demás su éxito. Esto no es más que la teoría del efecto goteo que han utilizado los defensores del neoliberalismo, pese a no existir ninguna evidencia que la corrobore. De acuerdo con Scruton (2018, p. 63), el capitalismo global es una forma de bandolerismo en el que se transfieren los costes de las generaciones presentes a las futuras, de modo que no es un ejemplo de libre mercado. Contra la globalización, Scruton se hace eco de la cuestión medioambiental, mostrando que el conservadurismo no debería obviar la responsabilidad de las empresas multinacionales, pero señala que este problema ha sido falseado por la ONU, la UE y el TEDH para socavar la soberanía de los Estados nacionales (Scruton, 2018, p. 98).

Otro fenómeno que advierte Scruton es la «inflación de derechos», que bajo la búsqueda de «empoderamiento» ha provocado el aumento de los conflictos. Además, esto transfiere la carga moral al Estado, lo que incrementa su poder, situándolo de una de las partes de las disputas, produciendo «una declaración

de guerra contra la cultura mayoritaria» (Scruton, 2018, p. 76). En este sentido, el multiculturalismo se rechaza, pues es una «cultura cívica» que nace con la Ilustración y que libera la pertenencia social de la religión, los lazos raciales, los lazos étnicos, los vínculos de parentesco y de las costumbres, lo que ha facilitado la emigración hacia Europa occidental, que solo exige que se adopte una «cultura cívica». No obstante, aunque la pertenencia social sería prepolítica (por costumbres, territorio, historia, etc.), las obligaciones hacia la nación y el Estado admiten ahora a personas ajenas a la comunidad. En nombre de este multiculturalismo se habrían marginado las costumbres occidentales, bajo la bandera de la corrección política (Scruton, 2018, pp. 78-79). El resultado es que en las instituciones educativas ya no se enseña a creer en la divinidad y el logro histórico, sino en la igualdad e inclusión, con el objetivo de sustituir a una comunidad (occidental) por otra. Otra amenaza a la civilización europea la ubica en los ataques a la familia (entendida como madre, padre e hijos), ya que es la encargada de la educación moral una vez la religión ha perdido importancia. Esta pérdida de importancia comienza con la Ilustración y provoca perder la experiencia del hogar (y, por tanto, de los vínculos tradicionales). Siguiendo a René Guénon, Olavo de Carvalho señala que Occidente es «la vanguardia de la decadencia» (Dugin y Carvalho, 2012, p. 98).

Los conservadores serían una resistencia a este proceso y su objetivo es conservar cosas buenas que han sido heredadas colectivamente, como la oportunidad de vivir de acuerdo a las pautas de uno mismo, la seguridad de una ley imparcial, la protección del entorno, la cultura abierta de las instituciones educativas y los procesos democráticos. Todo esto, sin embargo, estaría amenazado (Scruton, 2018, p. 12). La intervención estatal es uno de los elementos de la amenaza, ya que estaría destruyendo el orden moral, lo que provoca, a su vez, que las restricciones espontáneas y necesarias al mercado (las costumbres, la moral) estén desapareciendo, aumentando los riesgos del libre mercado. Por ello, aunque todos los conservadores creen en la propiedad privada, muchos no han atendido a sus abusos, de forma que el mercado debe regularse por una ley imparcial para continuar como un mecanismo socialmente beneficioso (Scruton, 2018, p. 61).

En el caso de Olavo de Carvalho, el ideal al que dirigirse es Estados Unidos que, por sus valores cristianos, canaliza la libertad de conciencia frente al ataque del globalismo, lo que hace de aquel país el pueblo que más contribuye a la caridad, superando incluso la ayuda económica gubernamental, y el que más donaciones y más niños huérfanos adopta. Respecto a su política estatal, señala que son el único país que reconstruye la economía del derrotado en la guerra, no se limitan a dar dinero a los pobres, sino que les ofrecen trabajo

y cuenta con contribuciones caritativas de financieros e industriales. Lo que valora Olavo de Carvalho es toda una actividad comunitaria fundada sobre la libertad del individuo, que es el modo de vida del nacionalismo conservador americano de raíz cristiana. Por ello, el globalismo actúa contra el cristianismo (católico o protestante), la América nacionalista y el Estado de Israel (que habría mantenido también estos valores) (Dugin y Carvalho, 2012, p. 54). Occidente, además, debe recuperar el espíritu guerrero, que se halla en el calvario cristiano de la Edad Media, en la conquista de América y en la occidentalización del mundo (Dugin y Carvalho, 2012, pp. 110-111).

A su vez, la propuesta conservadora demanda, frente al intento de ruptura con el pasado de la Ilustración y para garantizar el orden político, «unidad cultural, algo que la política por sí misma nunca puede proporcionar» (Scruton, 2018, p. 78). De esta forma, el internacionalismo se rechaza, así como los intentos de controlar la legislación y el gobierno de un país desde más allá de sus fronteras, porque para tener una política de compromiso, es necesario el «nosotros» de tipo nacional. La unidad cultural solo se verifica políticamente con la soberanía estatal. Además, en tanto las tradiciones surgen de las interacciones que realiza la gente en sus horas de ocio, estas surgen espontáneamente derivadas de relaciones de amor, respeto y responsabilidad, es decir, de la libre asociación, la cual, según Scruton (2018, p. 112), lleva a la discriminación, pero «la discriminación solo es inaceptable si es injusta en algún sentido», por lo que «suponer que una institución es injusta simplemente porque confiere a sus miembros ventajas que no confiere a otros es, en la práctica, condenar toda libre asociación y defender un Estado totalitario». Por tanto, para evitar este «Estado totalitario», debe permitirse la libre asociación de los individuos, lo cual requiere mantener las tradiciones y el amor a la belleza en las nuevas generaciones.

Los medios que se plantean para cumplir el objetivo conservador (evitar que todo lo que da forma y sentido a la civilización europea desaparezca) pasan por frenar la intervención del Estado, por ejemplo, limitando los derechos a unos mínimos (vida, integridad física y libertad para perseguir objetivos sin interferencias) e impidiendo las «nuevas ideas sobre derechos humanos» (Scruton, 2018, p. 73). Igualmente, en la cuestión medioambiental, la propuesta pasa por remitir a los individuos la responsabilidad de ajustar sus demandas, siempre bajo la consigna «siente localmente, piensa nacionalmente» (Scruton, 2018, p. 90). Además, asumida la inevitabilidad, por natural, de la economía de mercado, Scruton apuesta por evitar que entren en su esfera cosas que no deben venderse (amor, sexo, belleza y comunidad). Igualmente, recomienda apostar por pequeñas iniciativas donde existan vínculos locales,

lo que equilibrará de nuevo el mercado y evitaría la catástrofe ecológica. La mercantilización de la vida tiene que ser disciplinada (Scruton, 2018, p. 64).

Otra herramienta para conservar aquello que define el ideal conservador es la soberanía nacional, la cual permite determinar quién reside dentro de las fronteras, quién controla el patrimonio y quién puede ser ciudadano. La defensa de la soberanía es la condición para mantener la paz y evitar la llegada de yihadistas, ya que se podría denegar la ciudadanía a quien resulte una amenaza para la paz. En este sentido, fortalecer el sentimiento patriótico es la garantía de la soberanía nacional, ya que «El verdadero ciudadano está presto a defender su país en la hora de necesidad y ve su institución militar como una expresión del profundo apego que mantiene las cosas en su sitio» (Scruton, 2018, p. 120).

La reforma más necesaria para los conservadores es la de, como los Amish, establecer sus propios colegios, contratar a profesores con verdaderos conocimientos y llegar a acuerdos libres y vinculantes con los padres. Esto se define como permitir instituciones autónomas que administren la herencia de las personas y eviten que la capturen sus enemigos (quienes quieren la escolarización estatal generalizada) (Scruton, 2018, p. 153).

Una situación, de nuevo, decadente, de amenaza a la civilización occidental, es la que forja el diagnóstico de esta corriente que ha influido tan decisivamente en la derecha radical actual. Aquí, como en la *alt-right*, la decadencia tiene en la élite un culpable claro, en este caso por socavar las identidades nacionales, las fronteras y las raíces cristianas de la civilización occidental. El Consorcio o la UE son, para Scruton y Olavo de Carvalho, la forma del socialismo en la actualidad, lo que evidencia el profundo antiestatismo y anticomunismo de este conservadurismo radicalizado, al observar en cada intervención estatal en la sociedad una revitalización de la amenaza del Estado totalitario de tipo socialista.

El ideal al que se dirige este conservadurismo, a diferencia de la ND, por ejemplo, es más a uno en el que se evita la decadencia, más que a un renacimiento europeo. Esto pasa por una sociedad que mantenga el libre mercado, permita los valores comunitarios de raíz cristiana y alcance una unidad cultural que pueda dotar de orden político y servir de resistencia al multiculturalismo. Scruton, para aproximarse a esta situación, ofrece algunas reformas, como el impulso al sentimiento patriótico, el ejercicio en clave excluyente de la soberanía nacional, la limitación de derechos, la consagración del libre mercado y la fundación de escuelas propias donde inculcar el pensamiento conservador.

El camino para alcanzar (o recuperar) esta situación apenas es pensado por Olavo de Carvalho, quien considera al globalismo invencible y a sus resistencias (Estado de Israel, comunidades cristianas y nacionalismo americano) a punto de perecer. No obstante, para el caso brasileño promovió una ofensiva derechista en la lucha cultural, marcado por un proceso de criminalización de la izquierda brasileña y de demonizar a Antonio Gramsci, quien habría sido decisivo para organizar la hegemonía cultural de la izquierda, aspecto que la dictadura brasileña no abordó, lo que, según Olavo de Carvalho, los hace responsables del avance izquierdista posterior (Burgos, 2019, pp. 159-160). La representación de esta ofensiva cultural estaría en «Brasil Paralelo», una productora cinematográfica con miembros de la familia de Bolsonaro y de Olavo de Carvalho entre sus altavoces, marcada por un negacionismo revisionista de la historia brasileña para suavizar la crítica a la dictadura brasileña, demonizar a los políticos de izquierda y la divulgación de la construcción de la sociedad brasileña como parte de la «Cruzada» de la civilización occidental (Rocha-Vasconcelos, 2021, pp. 14-16).

4. Conclusiones: La teoría política de la derecha radical

El examen de los referentes culturales de la derecha radical contemporánea a través de cuatro corrientes (ND, neotradicionalismo, *alt-right* y conservadurismo radicalizado) permite conocer la teoría política detrás de esta ideología. Asimismo, la mayor o menor influencia de una u otra corriente en un partido de derecha radical concreto está relacionada con la posición adoptada por este en las disputas en el interior de esta ideología (neoliberalismo autoritario o social-identitarismo).

Como primera conclusión, resulta claro que la influencia principal en la teoría política de la derecha radical es la ejercida por la ND. La presencia de sus elementos ideológicos en los partidos de derecha radical es amplia (Simón Gómez, 2007), al tiempo que ha influido sobre las otras corrientes estudiadas (en el neotradicionalismo de Dugin, en la *alt-right* y, en menor medida, en el conservadurismo radicalizado). Una segunda conclusión es la de que la influencia de estas corrientes ha sido desigual entre la derecha radical. Territorialmente, la *alt-right* ha tenido influencia especialmente en Estados Unidos, mientras que el conservadurismo radicalizado en Europa y Brasil. El neotradicionalismo, por su parte, es la que menos influencia ha ejercido globalmente, pero aun así ha contribuido a complementar la ideología de la derecha radical, especialmente en Rusia o Turquía.

Con respecto a la teoría política de la derecha radical, esquematizando sus posiciones en torno al diagnóstico de la sociedad, los objetivos que plantean y los medios a los que recurren, se tiene:

- *Un diagnóstico decadentista.* La derecha radical contemporánea parte de entender el mundo como amenazado por la degeneración (algo que habría empezado con la Ilustración), donde el igualitarismo es la principal desgracia que enfrenta la sociedad. El despliegue de una «ideología de lo mismo», en palabras de Benoist, estaría socavando la naturaleza humana, jerárquica y apegada a los valores tradicionales. El multiculturalismo es la forma más avanzada del igualitarismo, ya que está acabando con las identidades nacionales, sustituyendo la civilización occidental por una musulmana, lo que, inevitablemente, genera un conflicto violento entre etnias. La familia heteronormativa es víctima también de estos ataques, ya que representa la educación en valores cristianos. Los responsables de esta decadencia serían los miembros de la élite global, que preocupados únicamente por sus intereses económicos habrían autorizado a la pérdida de soberanía de los Estados-nación.
- *Unos objetivos etnonacionalistas.* El objetivo principal de la derecha radical es enfrentar esta decadencia, poniendo como protagonista de la acción a las comunidades étnicamente homogéneas. Las reivindicaciones nacionalistas siguen siendo claves, pero, en lugar de actuar los Estados de forma aislada, se apuesta por la actuación de Occidente, Europa o la población blanca en un intento de conformar sociedades donde reine el «derecho a la diferencia», es decir, donde cada comunidad étnica esté territorialmente ubicada (cada etnia es superior en su territorio) y no mezclada con otras, única forma de preservar las identidades nacionales y de establecer una «unidad cultural». Los objetivos nacionalistas se vinculan con objetivos contrarios a la redistribución económica, en tanto paradigma del igualitarismo.
- *Una estrategia metapolítica y reformista.* La receta de la derecha radical para librar a Occidente de la degeneración es un combate que puede dividirse en dos partes: una anterior a la toma del poder político y otra en el poder político. En la primera se optaría por una estrategia metapolítica, mediante la cual se interviene en la lucha cultural, entendiendo que solo tras alcanzar la hegemonía cultural se puede tomar el poder político (en una lectura bastante libre de Antonio Gramsci). En la segunda se optaría por una estrategia reformista, orientada a aplicar medidas desde el Estado que, progresivamente, vayan realizando el ideal de co-

munidad étnicamente homogéneo al que se aspira (con restricciones a la inmigración, por ejemplo), así como medidas neoliberales para contrarrestar el igualitarismo y el despliegue de un programa autoritario para socavar el contenido democrático de las instituciones.

El marco descriptivo de la ND es la clave de la teoría política de la derecha radical contemporánea, pero las otras corrientes han influido en modificar su intensidad en determinados aspectos. El neotradicionalismo evoliano y de Dugin, por ejemplo, se ha conjugado con la corriente social-identitaria para plantear como principal enemigo a Estados Unidos, mientras que el conservadurismo radicalizado de Scruton y Olavo de Carvalho ha hecho lo contrario, situando a los neoliberales autoritarios del lado americano a partir de un profundo anticomunismo (si bien compartido por todas estas corrientes, particularmente explícito en esta). En esta línea, el antiliberalismo y anticristianismo exhibido por la ND es exacerbado por el neotradicionalismo, pero relajado (en el caso del antiliberalismo) y negado (en el caso del anticristianismo) por la *alt-right* de Bannon y el conservadurismo radicalizado. La *alt-right*, por su parte, ha profundizado la agitación metapolítica propia de la ND mediante su actuación a través de internet y de las redes sociales, además de, con el gobierno de Donald Trump, mostrar un camino de reformas posible (neoliberales, autoritarias y nativistas) para alcanzar el ideal social al que aspira este movimiento político.

De acuerdo con Bihl (1999), se puede sostener que la teoría política de la derecha radical parte de la tríada «identidad, desigualdad y beligerancia». La derecha radical está atravesada por el fetichismo de la identidad colectiva, en este caso, la identidad nacional, de modo que entiende a las naciones como elementos (y no relaciones sociales) sagrados y con existencia eterna; por la exaltación de la desigualdad como categoría ontológica y axiológica fundamental; y la afirmación de una condición combativa de la vida, de forma que se glorifica el combate como forma de alcanzar el bien. El combate (metapolítico) conduce, para la derecha radical, a instaurar una sociedad jerárquica fundada sobre las desigualdades de las personas y étnicamente homogénea, donde la identidad nacional es fetichizada como el rasgo diferencial de la existencia y que da forma a los humanos mismos, de forma que esta debe erigirse como dominante en su territorio. El fetiche de la identidad colectiva conlleva al fetiche del Estado como ente que representa a la comunidad étnica y que realiza su misión.

Estos elementos se repiten en los discursos ultraderechistas respecto al fascismo clásico. Cabe notar que, aunque la derecha radical ha evolucionado has-

ta ser un movimiento político diferenciado de aquel, su núcleo ideológico es común, lo que muestra los vínculos entre ambos. De esta forma, la continuidad entre el fascismo y la derecha radical se resume en anti-ilustración, socialdarwinismo (en tanto la naturaleza humana se caracteriza por la agresividad, la jerarquía, la desigualdad y la territorialidad), ultranacionalismo anti-universalista, diagnóstico centrado en la decadencia de la comunidad nacional, promoción de una palingenesia de la comunidad, concepción de una unión armónica de la sociedad (por encima de partidos, ideologías, etc.), anti-liberalismo y aceptación del modo de producción capitalista. Todos los cambios que plantean tanto el fascismo como la derecha radical remiten a los ámbitos políticos y culturales, sin cuestionar las relaciones sociales de producción (Antón-Mellón, 2012, pp. 255-257). La teoría política de la derecha radical, por tanto, se postula contra la Ilustración y su lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Frente a ella, levanta la bandera de la Reacción: Sumisión, Jerarquía, Patria.

REFERENCIAS

- Abascal, S. (2017). Prólogo. En R. Scruton, *Filosofía verde. Cómo reflexionar seriamente sobre el planeta* (pp. 9-13). Madrid: Homo Legens.
- Alejo, A. (2018). «Make America Great Again»: ¿expresión de un nativismo blanco contemporáneo? *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 119, 185-207. <https://doi.org/10.24241/rcai.2018.119.2.185>
- Alexander, J. C. (2018). Raging against the enlightenment: the ideology of Steve Bannon. En J. L. Mast y C. J. Alexander (eds.), *Politics of Meaning/Meaning of Politics* (pp. 137-148). Londres: Palgrave MacMillan. https://doi.org/10.1007/978-3-319-95945-0_8
- Anderson, P. (2012). *El nuevo viejo mundo*. Madrid: Akal.
- Antón-Mellón, J. (2002). El neopopulismo en Europa Occidental: parámetros doctrinales y esquemas ideológicos. En J. Antón-Mellón (coord.), *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea* (pp. 277-301). Madrid: Tecnos.
- Antón-Mellón, J. (2007). Julius Evola (1898-1974). Ideólogo de la derecha radical europea contemporánea. En M. Á. Simón Gómez (ed.), *La extrema derecha en Europa desde 1945 hasta nuestros días* (pp. 205-222). Madrid: Tecnos.
- Antón-Mellón, J. (2011). El eterno retorno. ¿Son fascistas las ideas-fuerza de la Nueva Derecha Europea (ND)? *Foro Interno*, 11, 69-92. https://doi.org/10.5209/rev_FOIN.2011.v11.37009
- Antón-Mellón, J. (2012). La sangre vale más que el oro. ¿Son fascistas las ideas-fuerza de la Nueva Derecha Europea? En J. Antón-Mellón (coord.), *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos* (pp. 237-262). Madrid: Tecnos.
- Bar-On, T. (2001). The ambiguities of the *Nouvelle Droite*, 1968-1999. *The European Legacy*, 6(3), 333-351. <https://doi.org/10.1080/10848770120051349>
- Bar-On, T. (2013). Fascism to the *Nouvelle Droite*. The quest for pan-European empire. En A. Mammone, E. Godin & B. Jenkins (eds.), *Varieties of right-wing extremism in Europe* (pp. 69-84). Londres: Routledge.
- Benoist, A. (2020). *Contra el liberalismo*. Madrid: Ediciones Insólitas.
- Benoist, A. (2022, 3 septiembre). Alain de Benoist: «El eurasismo de Dugin es incompatible con el nacionalismo». *Extramuros*. https://extramurosrevista.com/alain-de-benoist-el-eurasismo-de-dugin-es-incompatible-con-el-nacionalismo/?utm_source=rss&utm_medium=rss&utm_campaign=alain-de-benoist-el-eurasismo-de-dugin-es-incompatible-con-el-nacionalismo
- Benoist, A. (s.a.). El error del liberalismo. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 28, 26-29.
- Benoist, A. (s.a.). Antonio Gramsci, marxista independiente. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 40, 4-8. <https://archive.org/details/elementos-de-metapolitica-para-una-civilizacion-europea/page/n40>

tos_201907/40.%20ELEMENTOS%20ANTONIO%20GRAMSCI%20Y%20EL%20PODER%20CULTURAL.%20POR%20UN%20GRAMCISMO%20DE%20DERECHA/page/n1/mode/2up

Benoist, A. (s.a.). Identidad y diferencia. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 47, 3-10. https://archive.org/details/elementos_201907/47.%20%20Elementos%20ELOGIO%20DE%20LA%20DIFERENCIA-DIFERENCIALISMO%20versus%20RACISMO/page/n1/mode/2up

Benoist, A., y Faye, G. (1986). *Las ideas de la Nueva Derecha: una respuesta al colonialismo cultural*. Barcelona: Ediciones de Nuevo Arte Thor.

Betz, H. G. (1994). *Radical right-wing populism in Western Europe*. Nueva York: Macmillan.

Betz, H. G. (2017). El nativismo y el éxito de la movilización populista. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 12, 169-188. <http://hdl.handle.net/10272/14960>

Betz, H. G. (2021). Forty years of radical right-wing populism: an assessment. En G. Pereyra Doval & G. Souroujon (Eds.), *Global resurgence of the right. Conceptual and regional perspectives*. Londres: Routledge.

Bihl, A. (1999). *L'actualité d'un archaïsme. La pensée d'extrême droite et la crise de la modernité*. Lausana: Editions Page deux.

Bonfeld, W. (2015). Crisis, free economy and strong State: on ordoliberalism. *European Review of International Studies*, 2(3), 5-14. <https://doi.org/10.1080/13563467.2012.656082>

Bonnett, K., Bromley, S., Jessop, B., y Ling, T. (1984). Authoritarian Populism, Two Nations, and Thatcherism. *New Left Review*, 147, 32-60.

Burgos, R. (2019). La derecha y Gramsci: demonización y disputa de la teoría de la hegemonía. En AA.VV. *Gramsci. La teoría de la hegemonía y las transformaciones recientes en América Latina* (pp. 145-187). Actas del Simposio Internacional de Asunción, Centro de Estudios y Educación Popular Germinal, Asunción, Paraguay.

Burke, E. (1984). Reflexiones sobre la Revolución Francesa. En E. Burke, *Textos Políticos* (pp. 41-258). Fondo de Cultura Económica.

Carvalho, O. (2011, 21 septiembre). Até que enfim. *Olavo de Carvalho Website Oficial*. <https://olavodecarvalho.org/ate-que-enfim/>

Dugin, A. (s.a.). Metafísica del nacional-bolchevismo. *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 8, 44-57. https://archive.org/details/elementos_201907/08.%20ELEMENTOS%20ernst%20niekisch/mode/2up

Dugin, A., y Carvalho, O. (2012). *Os EUA e a nova ordem mundial. Um debate entre Alexandre Dugin e Olavo de Carvalho*. Campinas: Vide Editorial.

Eatwell, R. (2004). Introduction: the new extreme right challenge. En R. Eatwell & C. Mudde (ed.), *Western democracies and the new extreme right challenge* (pp. 1-16). Londres: Routledge.

- Eatwell, R., y Goodwin, M. (2019). *Nacionalpopulismo. Por qué está triunfando y de qué forma es un reto para la democracia*. Barcelona: Ediciones Península.
- Evola, J. (1984). *Les hommes au milieu des ruines*. Francia: Pardès.
- Evola, J. (1987). *Cabargar el tigre*. Barcelona: Ediciones de Nuevo Arte Thor.
- Faye, G. (2017). *El arqueofuturismo*. Recuperado de: https://kupdf.net/download/guillaume-faye-el-arqueofuturismopdf_59d031fa08bbc5476268704a_pdf
- Faye, G. (s.a.). La colonización de Europa. Reconquista: ¿una sinfonía española? *Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea*, 9, 3-5. https://archive.org/details/elementos_201907/09.%20ELEMENTOS%20EU%20y%20el%20Islam/page/n1/mode/2up
- Ferraresi, F. (1987). Julius Evola: tradition, reaction and the Radical Right. *European Journal of Sociology*, 28(1), 107-151. <https://doi.org/10.1017/S0003975600005415>
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gentile, E. (2002). El Fascismo italiano. En J. Antón-Mellón (coord.), *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea* (pp. 77-102). Madrid: Tecnos.
- Griffin, R. (2000). Interregnum or end game? The radical right in the 'post-fascist' era. *Journal of Political Ideologies*, 5(2), 163-178. <https://doi.org/10.1080/713682938>
- Griffin, R. (2007). *Plus ça change!* El pedigrí fascista de la Nueva Derecha. En M. Á. Simón Gómez (ed.), *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días* (pp. 67-103). Madrid: Tecnos.
- Griffin, R. (2019). *Fascismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Griffiths, R. (Ed.). (2019). *The rise of populism. Stephen K. Bannon vs. David Frum. The Munk Debates*. Canadá: House of Anansi Press.
- Hall, S. (1980). Popular-Democratic vs Authoritarian Populism. En A. Hunt (ed.), *Marxism and Democracy* (pp. 157-180). Londres: Lawrence & Wishart.
- Hernández-Carr, A. (2011). La derecha radical populista en Europa: discurso, electorado y explicaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 136, 141-160. <https://www.ingentaconnect.com/contentone/cis/reis/2011/00000136/00000001/art00007?crawler=true&mimetype=application/pdf>
- Ignazi, P. (1992). The silent counter-revolution: Hypothesis on the emergence of extreme right-wing parties in Europe. *European Journal of Political Research*, 22, 3-34. <https://doi.org/10.1111/j.1475-6765.1992.tb00303.x>
- Jara Townsend, G. (2020). Una antigua y nueva derecha: Dugin y Fusaro. *Antagonismos*, 1(1), 161-196.
- Lerín Ibarra, D. (2019). La nueva derecha radical como reto a la gobernanza y a la

calidad de la democracia. *Cuadernos de Gobierno y Administración Pública*, 6(2), 93-116. <https://doi.org/10.5209/cgap.65912>

Meilán Pena, Y. (2022). El neopaganismo en Alain de Benoist: análisis de una reestructuración ideológica de la derecha radical europea. *Política y Sociedad*, 60(1), 1-12. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.79050>

Meloni, G. (2021). *Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee*. Italia: Rizzoli Libri.

Molas, B. (2022). «Con suerte, llegará el día de Nietzsche»: las raíces iliberales de la Alt-Right. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 132, 73-92. <https://doi.org/10.24241/rcai.2022.132.3.71>

Mudde, C. (2000). *The ideology of the extreme right*. Manchester: Manchester University Press.

Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.

Norris, P. (2005). *Radical Right. Voters and Parties in the Electoral Market*. Cambridge: Cambridge University Press.

Norris, P., e Inglehart, R. (2019). *Cultural Backlash. Trump, Brexit and Authoritarian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Paxton, R. O. (2019). *Anatomía del fascismo*. Madrid: Capitán Swing.

Poulantzas, N. (2016). *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Ramas San Miguel, C. (2019). Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria. En A. Guamán, A. Aragoneses y S. Martín (dirs.), *Neofascismo. La bestia neoliberal* (pp. 73-87). Madrid: Siglo XXI Editores.

Reguera Mateo, M. (2017). La ideología de la Alt Right: Orígenes, pensadores e ideas de la nueva extrema derecha estadounidense. En AA.VV. *La Fortaleza de Europa: vallas y puentes*. XIII Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política y de la Administración, Santiago de Compostela, España. <https://aecpa.es/files/view/pdf/congress-papers/13-0/1462/>

Rocha-Vasconcelos, F. T. (2021). A «guerra cultural» neofascista no Brasil: entre o neoliberalismo e o nacional-bolchevismo. *Morrinhos*, 10(2), 1-28. <https://www.revista.ueg.br/index.php/revistahistoria/article/view/11549/8420>

Rodríguez Jiménez, J. L. (2006). De la vieja a la nueva extrema derecha (pasando por la fascinación por el fascismo). *Historia Actual Online*, 9, 87-99. <https://doi.org/10.36132/hao.v0i9.138>

Rueda Toledano, D. (2021). Los fundamentos ideológicos de la Alt-Right: del paleoconservadurismo a la fascistización. *Encrucijadas*, 21(2), 1-28. <https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/81470>

Rydgren, J. (2017). Radical right-wing parties in Europe. What's populism got to

- do with it? *Journal of Languages and Politics*, 16(4), 485-496. <https://doi.org/10.1075/jlp.17024.ryd>
- Rydgren, J. (2018). The radical right. An introduction. En J. Rydgren (ed.), *The Oxford Handbook of the Radical Right* (pp. 23-35). Oxford: Oxford University Press.
- Sanromán, D. L. (2008). *La Nueva Derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Scruton, R. (2018). *Cómo ser conservador*. Madrid: Homo Legens.
- Sheehan, T. (1981). Myth and violence: the fascism of Julius Evola y Alain de Benoist. *Social Research*, 48(1), 45-73.
- Shekhovtsov, A. (2015). Alexander Dugin and the West European New Right, 1989-1994. En M. Laruelle (ed.), *Eurasianism and the European Far Right: Reshaping the Europe-Russia Relationship* (pp. 35-53). Lexington: Lexington Books.
- Simón Gómez, M. Á. (2007). El decadentismo en la derecha radical contemporánea. *Política y Sociedad*, 44(1), 175-198. <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0707130175A/22402>
- Smith, A. D. (2010). *Nationalism. Theory, Ideology, History*. Cambridge: Polity Press.
- Spektorowski, A. (2003). The New Right: Ethno-regionalism, ethno-pluralism and the emergence of a neo-fascist 'Third Way'. *Journal of Political Ideologies*, 8(1), 111-130. <https://doi.org/10.1080/13569310306084>
- Taguieff, P. A. (1993). From race to culture: The New Right's view of European identity. *Telos*, 1993(98-99), 99-125. <https://doi.org/10.3817/0393099099>
- Taylor, B. (2021). Alt-Right. En Z. A. Casey (ed.), *Encyclopedia of Critical Whiteness Studies in Education* (pp. 15-22). Brill. https://doi.org/10.1163/97890044444836_003
- Taylor, J. (2016, 11 octubre). What is the Alt Right? *American Renaissance*. <https://www.amren.com/news/2016/10/what-is-the-alt-right-jared-taylor/>
- Tévanian, P., y Tissot, S. (2002). *Dictionaire de la Lépenisation dels esprits*. París: L'Esprit Frappeur.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Von Beyme, K. (1988). Right-wing extremism in post-war Europe. *West European Politics*, 11(2), 1-18. <https://doi.org/10.1080/01402388808424678>
- Wood, N. (1978). The social history of political theory. *Political Theory*, 6(3), 345-367. <https://doi.org/10.1177/009059177800600306>
- Zakaria, F. (1997). The Rise of Illiberal Democracy. *Foreign Affairs*, 76(6), 22-43. <https://doi.org/10.2307/20048274>